

EN HUELGA DE HAMBRE CON LOS FAMILIARES DE LOS DESA

JOSÉ ALDUNATE, S.J.



Al cumplirse estos días 20 años de la histórica huelga de hambre de los familiares de los detenidos desaparecidos, que tuvo lugar entre el 22 de mayo y el 8 de junio de 1978, el autor quiere evocar cómo se vivió, desde adentro, esa experiencia única. Participar como ayunante en esa huelga le permitió reflexionar sobre ella con otra perspectiva.

Fue el 23 de mayo de 1978 cuando me invitó el padre Mariano Puga a incorporarme a la huelga de hambre de los familiares de detenidos desaparecidos, que se había iniciado el día anterior. Era una huelga de hambre indefinida provocada por la nula respuesta del gobierno

DESAPARECIDOS

militar a la demanda de los familiares que buscaban a sus seres queridos, detenidos por agentes del mismo gobierno. La huelga partía en tres templos de Santiago y en UNICEF.

Una huelga de hambre indefinida era para mí una total novedad. Sólo me había ocupado de ella en las elucubraciones de una clase de moral. Sin mayores análisis me metí en ella, llevado por un gran compromiso con la causa de los detenidos desaparecidos y por el llamado recibido que interpreté como un "kairós" (algo entre un llamado de Dios y un desafío de la historia). Cuando le conté a mis compañeros sacerdotes Ignacio (Nacho) Vergara, cura obrero, y el "Mote" Aguirre, ellos me dicen: "Vamos también". Los tres llegamos al templo de Jesús Obrero en avenida General Velásquez, la mañana del 25 de mayo.

La capilla donde reposaban los restos del padre Alberto Hurtado, con un gran cuadro de las Bienaventuranzas, era el lugar que ocupaban los ayunantes. Éramos pues 15 familiares (2 hombres y 13 mujeres), 7 religiosas y 6 sacerdotes (contando los tres que llegábamos). No sospechábamos el inmenso impacto que tendría esta huelga en todo el mundo. Los ayunos de solidaridad llegaron a ser más de un centenar en decenas de países, llamados y cartas de todas partes llegaban a la Agrupación de Familiares, representantes de organismos internacionales, juristas y otros personajes acudieron. Entró a ayunar con nosotros Edmund Kaiser, suizo, fundador de "Terre des Hommes" y nos visitó la teóloga sueca Dorothy Sölle. Pero quiero limitarme aquí a lo vivido desde adentro.

Éramos los ayunantes claramente dos grupos, muy especificados cada uno y bien heterogéneos entre sí. Por una parte los familiares, esposas la mayoría, también madres, hijas, hermanas o hermanos, todos de izquierda por supuesto, de tendencia comunista y mirista. Por otra parte, estábamos los cristianos consagrados, agentes pastorales de la Zona Oeste: nos conocíamos todos. Convivíamos los dos grupos día y noche.

UNA EXPERIENCIA DE AMOR

Las relaciones entre todos se entablaron en forma muy llana. Bromas, conversas, servicios mutuos, visitas de enfermeras y otras entretejían nuestra convivencia, pero por debajo, sentía que había algo muy profundo que nos unía y que constituía una experiencia nueva. Claro, teníamos una causa común, la de los seres queridos desaparecidos, pero la vivíamos conjuntamente en otra dimensión. Para mi visión, se trataba de la caridad, que es el nombre cristiano y trascendente que damos al amor. Ellos (los familiares) hablaban simplemente de "amor", amor al ser querido, amor auténtico, efectivo, que se traduce en entregar "la vida por la vida" como suelen expresarse. Nosotros también amamos a los desaparecidos sin haberlos conocido. La fe nos dice que son también familiares nuestros, hermanos en la familia de Dios. Pero nuestro contacto con sus familiares carnales nos los hacen más cercanos y nos muestran a qué consecuencias lleva un auténtico amor, el amor de una esposa, de una madre. Tantas veces la caridad "trascendente" pareciera eximirnos de la necesidad de encarnarla. Y puede ser que, a su vez, nuestro contacto con "ellos" o con "ellas" les habrá demostrado que su propio amor lleva una dinámica trascendente. Que viene de más arriba y que debe alcanzar más allá del propio ser querido, abarcando también a la humanidad... para que lo que pasó no

vuelva a pasar jamás.

Sentía en suma que a todos nos envolvía el amor del Padre y nos unía en una misma familia de Dios. ¿No ha dicho san Juan que "el que ama (a su hermano) conoce a Dios" (1 Juan, 4, 7)? Ellos no conocen racionalmente a Dios, pero sí lo conocen vitalmente, pues aman con un amor que sólo puede venir de Él.

Se trata de una experiencia de comunión. Los sacerdotes y religiosas pasábamos diariamente al presbiterio de la Iglesia para concelebrar la Eucaristía. Después volvíamos a la capilla anexa a juntarnos con los demás ayunantes. Parecía que se marcaba la diferencia, pero en esto mismo veía yo el vínculo: ellos no creían en el signo, en las especies sacramentales, pero vivían la realidad significada, el Cuerpo de Cristo. El Cuerpo de Cristo lo forman, más allá de los límites de la Iglesia, todos los que viven en su amor.

Una de las ayunantes, la señora Gala Torres, era payadora: cantaba y hacía versos. En ese ayuno se compuso la ahora universalmente conocida "Cueca sola". Se comprende que hay momentos y sentimientos que sólo la poesía puede expresar.

¡Qué lindo es, compañeros, / entregarse; / por una causa justa, / sacrificarse!

En términos ignacianos, diría que todos estábamos esos días "consolados" y consolados porque nos sentíamos entregados a una causa justa. Experimentábamos el gozo de poder servirla efectivamente. Estábamos viviendo un gran amor. Particularmente en ellos, en los familiares, se había gestado la necesidad de entregarse, de sacrificarse por sus seres queridos. Buscándolos, habían recorrido norte y sur, pero ese camino se había agotado. Quedarse esperándolos en sus casas, con todo listo para recibirlos, se había vuelto una angustia. Ahora sentían que algo hacían, lo único tal vez que les quedaba por hacer: entregarse



EL OBISPO ENRIQUE
ALVEAR CON LAS
AYUNANTES DE 1978.

Todo atestigua que la motivación absolutamente dominante de los familiares de la Agrupación con quienes compartimos, era el amor a los suyos y la reparación de la injusticia cometida.

-la vida por la vida-, sacrificarse.

No todo podía ser "consolación". Se levantaron nubarrones en el cielo que también penetraron dentro de nuestro recinto.

OBJECIONES DE LA IGLESIA

Se sabe que la Iglesia (entendida aquí como la Jerarquía) tiene reparos frente a las huelgas de hambre, sobre todo si se proclaman como "indefinidas" o "hasta las últimas consecuencias". Repara dos cosas: el carácter de suicidio que puedan asumir y su vinculación con la política, que suele darse. La Iglesia no quiere meterse en juegos políticos. Se presta sí a mediar, no tanto para defender una causa sino para terminar con la huelga y preservar las vidas.

A los dos días de nuestra entrada recibimos una delicada carta de don Enrique Alvear, en que exponía estos dos reparos. Nos pedía dialogar. Al día siguiente llegó a Chile el cardenal Raúl Silva (había estado ausente) y fue más perentorio: nos mandó a los sacerdotes y religiosas dejar la huelga. Hicimos discernimiento y representa-

mos al cardenal nuestro sentir unánime: que al hacerlo dañaríamos seriamente la causa de los detenidos desaparecidos. Don Enrique nos ayudó a obtener luz verde. Quedaba superado el episodio, pero quedaban planteadas dos preguntas para los cristianos que participábamos en la huelga: la pregunta ética y la política.

LA MIRADA DESDE OTRA LUZ

En respuesta, sin despreciar el discernimiento racional, me limitaré a lo que nos entregó nuestra experiencia espiritual, ayunando junto a la tumba del P. Hurtado.

Las negociaciones (entre Agrupación, Gobierno e Iglesia que había aceptado mediar) se atascaban y los días iban pasando. La huelga era rigurosa (agua pura y sal) y cada día perdíamos medio kilo. Los médicos no tenían experiencia de ayunos largos e iban con cautela. Llegó el día en que nos avisaron, a Nacho y a mí, que se estaba entrando en una nueva etapa en que podía haber daños irreparables; en que, consumidas las grasas, el organismo comienza a consumir el tejido muscular.

Sentí mi responsabilidad. Esa noche me desvelé. A la mañana siguiente hablé con Nacho. Él, en lo personal, aceptaba las contingencias con mucha radicalidad. De hecho, después de la huelga, quedó con una deficiencia auditiva. También el padre Mutlet, un francés, sufrió consecuencias. Los familiares estaban firmes. Transcribo sus reacciones frente a los reparos formulados contra la huelga.

- "Nos han acusado de que exponíamos nuestras vidas en un gesto suicida; pero nosotras queríamos morir: hicimos un gesto desesperado para que nos escucharan. El nuestro fue un gesto de amor. Los que nos critican y son cristianos han olvidado que Jesucristo dijo: "No hay amor más grande que dar la vida por los que se ama". Si yo amaba mucho a mi marido, ¿por qué no podía dar la vida por él?"

- "Yo creo que la gente que piensa que hicimos mal no ha sufrido realmente a fondo por un ser querido, un hijo, un marido o un padre"

- "Es muy diferente hablar desde afuera y estar metido dentro del problema".

La primera persona acepta simple-

mente la eventualidad de la muerte. Ella y la segunda apelan al amor como justificativo. La tercera apela a otra lógica, la que opera "desde adentro".

Todos los ayunantes habíamos puesto la continuación o la terminación de la huelga -una huelga indefinida y, para algunos, "hasta las últimas consecuencias"- en manos de la Agrupación. ¿Era razonable esta decisión? Afuera había discusión; algunos llamaron a escándalo. Desde adentro, se veían las cosas bajo otra luz.

En cuanto a mí personalmente, puedo hablar de una experiencia, como no la he tenido en mi vida, de abandono a Dios confiándole todos mis cuidados. A la Agrupación la veía como instrumento en manos de Dios y su mediación no era obstáculo para que confiara totalmente en Él, tanto en lo personal como en la suerte de todos colectivamente. Por la noche, me venían las palabras del Salmo: "En paz dormiré y descansaré, porque Tú, Señor, has afianzado mi esperanza". Con esto, ¿no se hacía presente, nuevamente, la "consolación", respuesta de Dios que confirmaba las opciones tomadas?

La Iglesia obtuvo finalmente, de parte del Gobierno, una promesa de investigar los casos de desaparecidos y pidió a la Agrupación que pusiera término a la huelga. Ésta accedió, sin quedar muy satisfecha con la solución. La huelga terminó el 8 de junio, había durado 17 días. Posteriormente se entablaron juicios, pero el Gobierno no cumplió su promesa. Creo que era vano esperar más de las autoridades, incapaces de un gesto de grandeza como hubiera sido confesar y descubrir los horrores de un genocidio.

UNA CAUSA DE HUMANIDAD

Finalmente, responderé brevemente a nombre de los sacerdotes y religiosas, a la segunda pregunta que nos plantea la Jerarquía, la pregunta política: ¿Por qué estábamos metidos en la agitación política y aliados con comunistas y marxistas? La respuesta está en nuestra experiencia. Todo atestigua que la motivación absolutamente dominante de los familiares de la Agrupación con quienes compartimos, era el amor a los suyos y la reparación de la injusticia cometida. Nuestra motivación era solidarizar con ellos. Los desaparecidos eran miristas y comunistas detenidos en 1974 y 1976 respectivamente, y sus partidos en clandestinidad, indudablemente apoyaban la huelga. Pero la causa misma trascendía toda política partidista: pertenecía a la "gran política", la de los derechos humanos. Interesaba a

toda la humanidad.

Sólo así se explica el estallido de solidaridad que provocó esta huelga dentro y fuera del país. Nos emocionaba hasta las lágrimas -es cierto que el ayuno lo vuelve a uno muy sensible- el vernos rodeados de tanta solidaridad, desde la de los voluntarios que nos atendían hasta la de asiáticos y europeos que nos llamaban, compartiendo nuestra causa. Tenía la impresión de encontrarme en esos momentos muy en el corazón de la humanidad, donde confluyen todos los dolores y desvaríos, pero también desde donde parte todo el amor reparador del universo.

En suma, por lo que he vivido en esos días de ayuno, se robusteció mi fe en el ser humano, en su bondad ingénita, en su avanzar por la historia. Se ha dicho que la historia humana es una historia de luchas. Diría ahora que más que todo, es una historia de solidaridad. 

Un hito en las conciencias

Esta huelga de hambre de mayo a junio de 1978 marcó, a mi juicio, un hito en nuestra historia. Prendió y repercutió con fuerza en la conciencia nacional y mundial. Los "desaparecidos" antes eran, en realidad, "detenidos-desaparecidos" por los agentes del Gobierno militar de Pinochet. Se trataba de un asesinato masivo. La Iglesia misma, que hasta entonces había hablado de los "presuntos detenidos-desaparecidos", declara el 9 de noviembre de ese 1978, por boca de su Comité Permanente, que ha llegado a la conclusión de que fueron muertos por "los servicios de Seguridad del Gobierno" y que este "no realizará una investigación a fondo". "No podemos callar", concluye, "el mandamiento de no matar sigue siendo el fundamento de toda civilización y humanismo".

No es que la huelga haya sido en sí misma una demostración. Hasta el día de hoy no se ha demostrado jurídicamente que los "desaparecidos" hayan sido asesinados. Pero el testimonio conmovedor de los familiares hizo estallar la verdad ética del genocidio.

En suma, esta huelga acabó de grabar indeleblemente en la opinión pública internacional la imagen de Pinochet y de su Gobierno militar como torturadores y exterminadores.